



J. M. MORELOS.

JOSE MARIA MORELOS.

1765.—1815.

I.

SESENTA años transcurridos desde la muerte del héroe preclaro, hasta la época en que se publica este libro, son á manera de pedestal soberbio sobre el que descansan su nombre y su fama. La gloria de Morelos no es ya el timbre exclusivo de un partido; su gloria es nacional, y su nombre el título de orgullo de un pueblo libre.

“Toda la historia de la humanidad, ha dicho un profundo pensador contemporáneo, (*) no es otra cosa que la historia “de los grandes hombres que han vivido sobre la tierra, por- “que ellos son mensajeros enviados á nosotros por el inex-

(*) Carlyle.

“crutable infinito.” . . . Estamos muy léjos de admitir este sistema que excluye por completo la libertad humana, al pretender sustituirla por la intervencion del cielo. En nombre de la filosofía debemos rechazar este principio que haciendo de todos los grandes hombres séres inspirados, nos obligaria á aceptar todo lo que ellos produjeran, el mal lo mismo que el bien, sus méritos lo mismo que sus errores . . . ¡Principio monstruoso cuya consecuencia seria la legitimidad de todas las tiranías, y el enaltecimiento de todos los tiranos, desde Atila hasta Mahoma, desde Gengis-Khan hasta ese azote de la humanidad que murió encadenado en el islote de Santa Elena!

En cambio, somos partidarios de esa escuela, mas noble y generosa, que enaltece al génio relacionándolo con el resto de los hombres. Queremos que la auréola que ciñe las sienes de los héroes, descienda como resplandeciente y luminosa catarata, sobre los que fueron sus hermanos en el infortunio y sus compañeros en las glorias . . . Queremos que la patria sea siempre el encendido foco donde se concentren todos los rayos que forman su grandeza. Por eso no vemos en Morelos un génio que inspirado por el cielo se lanzó á conquistar la independencia de su patria; al humanizar al héroe, lo hacemos mas grande y mas digno de la admiracion de la posteridad.

Morelos es á nuestros ojos el tipo del héroe ideal. Varon esclarecido que se presenta al exámen histórico, reuniendo al génio, el valor indomable y la mas exquisita bondad. Todo es digno de admiracion en este hombre ilustre, grande entre los grandes. Su enorme fuerza de accion, aplicada á la obra sublime de la libertad de su patria, se hace sentir en toda la lucha épica de la independencia mexicana. Consagra á esta obra su existencia, y por ella exhala su último aliento. Combate, y sufre sin quejarse las injusticias de sus mismos compañeros; tiene el poder en sus manos, poder legítimo que le han conferido sus espléndidas victorias, y lo abandona sin sentimiento; no lo engrie el triunfo; y cuando suena la hora de

los reveses, hállele el infortunio pronto á morir por su patria, sereno y tranquilo. Por eso México ha grabado ese nombre glorioso en el corazon de cada uno de sus hijos, y lo ha inscrito con caracteres imborrables en las mejores páginas de su historia. La antigua Grecia hubiera hecho de ese héroe un dios, instituyendo fiestas y dedicando suntuosos monumentos á su memoria.

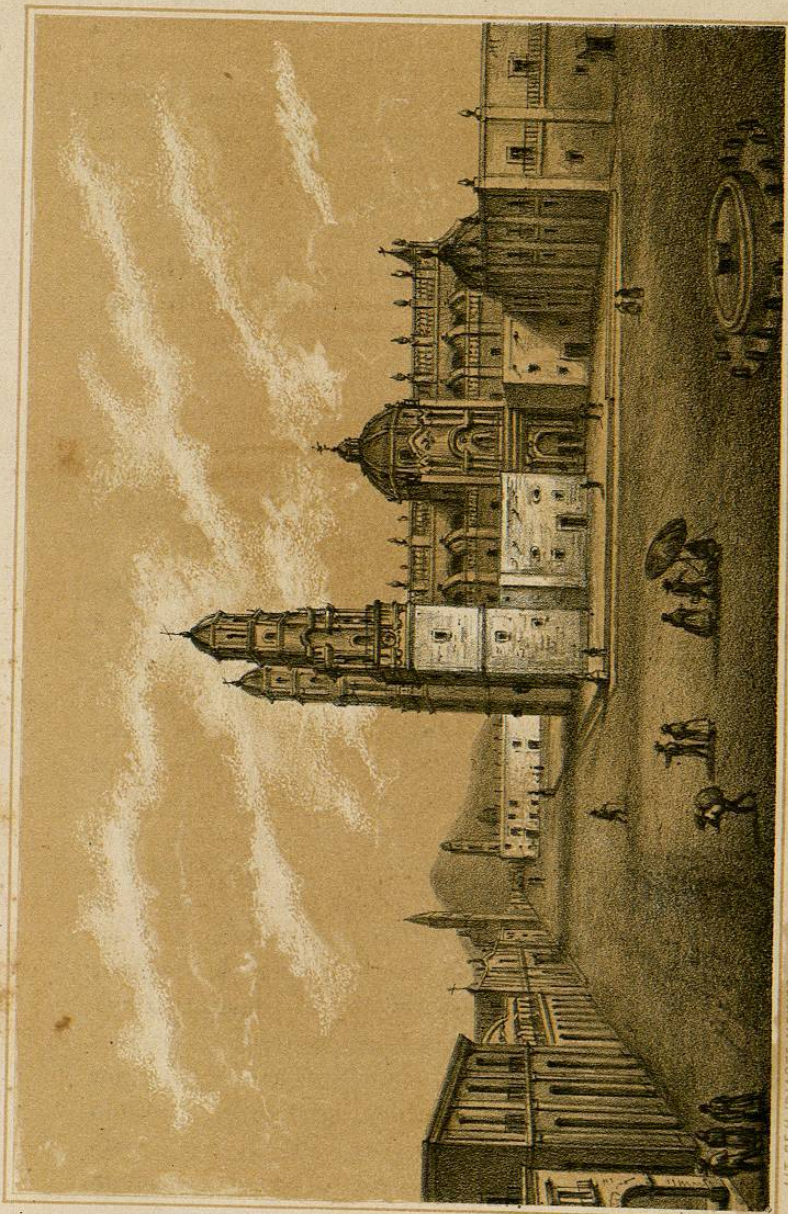
II.

Hidalgo y sus inmortales compañeros acababan de lanzar el grito de independencia, desafiando la secular dominacion de los reyes españoles en la tierra de Cuitlahuatl y Cuauhtemoc. En vano se ha pretendido por los hombres de un partido nefando cubrir de baldon los nombres, los hechos, y hasta las intenciones de nuestros primeros libertadores. En tanto que las calumnias han desaparecido, cayendo ántes sobre las impuras frentes de sus autores, la gloria de los padres de la patria brilla con mas vívido fulgor, á medida que se aparta de nosotros el sublime momento de la proclamacion de la independencia.

Vamos á evocar esos santos recuerdos, con toda la veneracion que se apodera del alma en presencia de aquello que es eternamente grande, bello y bueno. Vamos á vivir con los primeros dias de la patria llenos de duelo, de sangre y de lágrimas. Al inclinarnos al abismo de los tiempos pasados, creemos ver en imponente desfile á nuestros héroes, á nues-

tros mártires, á los ejércitos improvisados por el patriotismo que recorrian el vasto suelo mexicano, vencedores unas veces, otras derrotados, pero siempre alentando inmensa fé en el triunfo de su causa. Al remontarnos á los primeros dias de aquel glorioso levantamiento, nos parece ver en Dolores ese grupo épico á cuyo frente se alzaba Hidalgo, la aurora del 16 de Setiembre de 1810, augusta figura de cuyos lábios brotó la primera palabra de redencion y de guerra; presenciamos esa falange formada de hombres, mujeres y niños, marchando el mismo dia sobre San Miguel el Grande, engrosándose á cada momento con infinitos combatientes; creemos escuchar el ronco estruendo que se elevaba de aquella exelsa muchedumbre, y que repetian los montes y los valles; asistimos al tremendo combate de Granaditas; seguimos al ejército en su carrera triunfal sobre Valladolid; penetramos con él á la risueña ciudad fundada por el virey Mendoza en el ameno valle de Guayángareo y presenciamos su llegada á Charo, en marcha para la capital del vireinato.

En pocos dias, el inmortal Hidalgo habia formado un ejército numerosísimo que acudia á la conquista de la libertad y de la independencia. El reducido grupo que le rodeaba en Dolores la mañana del 15 de Setiembre, se habia convertido en imponente masa de hombres, armados los unos, desarmados los más, pero que acababan de vencer á la guarnicion española del castillo de Granaditas. Habia empezado la lucha con una victoria para los mexicanos, y la noble causa de la emancipacion habia recibido un bautismo de sangre. Historiadores infames que han empuñado la pluma para satisfacer las pasiones de un partido político que odia la independencia de su patria, no vacilaron luego en denigrar ese natural desórden con que marcharon las tropas de Hidalgo despues de haber lanzado el grito de insurreccion. No esos libelos, no esas diatribas que el retroceso ha respirado por los lábios de uno de sus jefes, pueden aspirar nunca al título de historia de la revolucion mexicana. Falta á nuestros héroes y á sus inmortales hazañas un Tito-Livio que trasmita



VISTA DE LA PLAZA PRINCIPAL DE MORELIA

á la posteridad sus nombres gloriosos. ¡Día llegará en que un verdadero hijo de México levante ese monumento á la verdad, á la justicia y á la memoria de nuestros padres! . . .

Hidalgo habia dado el primer impulso al movimiento revolucionario, que venia fermentando en los espíritus desde principios del siglo XIX. Bien sabia el noble anciano que á él no sería dable alcanzar el triunfo del derecho y de la justicia. Por eso su sacrificio, su abnegacion sin límites, su inquebrantable valor, le han colocado en primer término entre nuestros héroes. Pero sabia que era necesario encabezar aquel levantamiento de los esclavos contra sus señores, de los desvalidos contra sus orgullosos opresores. Hidalgo habia meditado por espacio de largos años la realizacion de un ideal divino, y comprendia que cuando sonara la hora de redencion, brotarian de la tierra misma defensores de la patria. Debió sentir aquel gran corazon un inmenso júbilo cuando al marchar desde Dolores hasta Valladolid, veia que de todas partes acudian hombres armados á engrosar sus filas, patriotas esforzados que le prometian continuar su obra, Morelos fué uno de esos hombres gloriosos.

III.

La ciudad de Valladolid (hoy Morelia, capital del Estado de Michoacan) fué la cuna de JOSE MARIA MORELOS Y PAVON, quien nació el 30 de Setiembre de 1765. D. Carlos María de Bustamante asienta en su *Cuadro Histórico*, que Morelos vió

la luz primera en *Tahuejo el Grande*, rancho cercano á Apatzingan en la antigua provincia de Michoacan. Datos irrecusables que luego han tenido presentes los que de la historia patria se han ocupado, no permiten poner en duda que Valladolid fuera el lugar donde nació Morelos. Humildes de condicion fueron los padres del héroe que mas tarde haria temblar á los dominadores españoles: parece que su padre, Manuel Morelos, ejerció el oficio de carpintero, primero en Valladolid mismo, y luego en la ciudad de San Luis Potosí; y aún hoy, los habitantes de Morelia muestran con legítimo orgullo la pobre casa en que se deslizaron los infantiles años del gran caudillo mexicano.

No es poca honra, por cierto, para la libertad y la independencia de México, la que le dan el origen humilde y modesto de sus mas esforzados campeones. Mas tarde, cuando estos habian ya fecundado con su sangre el suelo patrio, cuando diez años de incesante, embravecida contienda, grabaron en todos los corazones el viril sentimiento de la emancipacion, entónces y solo entónces, vemos tomar parte á favor de la independencia á los hombres que pertenecian á la clase elevada de la sociedad. Iniciar el audaz levantamiento del pueblo, combatir con fé ilimitada, pero sin la esperanza de presenciar el triunfo ni la de aprovecharse de la victoria, prodigar su sangre en los campos de batalla y exhalar su último aliento en los cadalsos, todo eso lo hicieron Hidalgo, Morelos, Allende, Matamoros, los Galeana, los Bravo, Torres y otros muchos, hijos del pueblo y en cuyas almas se encarnaron los dolores, las humillaciones y las aspiraciones del pueblo. ¡Honor y gloria á este pueblo valiente de cuyo seno nacieron los padres de la independencia de México!

La niñez de Morelos trascurrió envuelta en la miseria de la clase mas desvalida de la sociedad. Su juventud se consumió en un trabajo corporal y rudísimo que le proporcionó su subsistencia y la de su madre, Juana Pavon, á la que siempre consagró infinita ternura. Muerto el padre de Morelos, la pobre viuda vió desvanecida la ilusion que siempre

abrigára de dedicar á su hijo á la carrera eclesiástica y le confió al cuidado de su tio Felipe Morelos, quien poseia una recua con la cual traficaba entre México y el puerto de Acapulco.

No hay noticia alguna de que Morelos, ni en su niñez, ni en su juventud hubiera tenido maestros y determinada suma de instruccion, aún de la incompleta y escesivamente superficial que se daba en las escuelas primarias de la época. Por eso es admirable y toca á portentosa la aptitud que demostró á los treinta años, cuando se entregó al estudio en el colegio de San Nicolás; y mas digno de asombro es el general consumado, que por tanto tiempo desbarató los planes de los mas famosos militares españoles.

El héroe futuro pasó los primeros treinta años de su vida transitando la carretera de Acapulco á México, ejerciendo el pobre y duro oficio de arriero y ganando el sustento para él y su madre. Cuando volvia de alguno de sus viajes, despues de estrechar en sus brazos á la que debia el ser, colocaba siempre entre sus manos un pequeño regalo. Consignamos con orgullo este rasgo, al parecer trivial y mezquino. Del alma de los grandes hombres irradian estas sublimes pequeneces. Morelos amó con ternura á su madre, é idolatró á esa otra madre divina que se llama la patria.

IV.

Estudiando el estado de la sociedad mexicana bajo la dominacion española, se vé que la carrera eclesiástica y la del foro eran las que existian abiertas á los hijos del pueblo conquistado. Largos años, empero, de inflexible exclusivismo

hubieron de trascurrir para obtener al fin esta concesion de la suspicacia de los dominadores; pero ella hubo de ser otorgada; y tanto en una como en otra carrera halló la independencia sus mas esforzados adalides. De las filas del clero bajo, humillado por la aristocracia de la Iglesia, cuyos puestos ocupaban casi siempre los españoles, salieron Hidalgo, Morelos, Matamoros y otros de menor nombradía que éstos, pero que abrazaron con igual ardor la causa de la libertad. La carrera eclesiástica era, como se vé, una puerta abierta á la ambicion de los hijos de México; porque si bien no llegaban con facilidad á encumbrarse hasta los altos puestos de la Iglesia, el ejercicio de su ministerio les daba derecho á cierta consideracion de parte de los dominadores y proporcionábales importantísima influencia sobre la raza indígena.

¿Fué en Morelos una íntima y profunda vocacion la que le hizo abandonar su humilde ejercicio de arriero, y entrar de capense al colegio de San Nicolás cuando hubo llegado á los treinta años? ¿Fué tal vez ese sentimiento de noble ambicion que despierta enérgico y vivaz en todos los corazones levantados, y que le impulsó á elegir la carrera eclesiástica como el medio de ejercer la actividad interna que debiera devorarle? No es fácil decidir en esta disyuntiva, ni aventurar juicio alguno que pretendiera descansar sobre sólidos fundamentos....

Morelos contaba, como ántes dijimos, cerca de treinta años de edad cuando abandonó el penoso trabajo á que estuvo dedicado desde su niñez y logró entrar de capense al colegio de San Nicolás, en Valladolid, establecimiento fundado por el primer obispo de Michoacan Vasco de Quiroga, y que dependia del gobierno civil de la colonia. Allí se entregó al estudio con infatigable constancia, llegando á obtener, segun Bustamante, el primer lugar en el curso de filosofía, siendo su maestro el Dr. Juan Salvador; y cursando luego teología dogmática y moral, se ordenó de presbítero el año de 1799. Una circunstancia digna de recordarse por cierto, es la de que el inmortal Hidalgo era rector de aquel colegio cuando

Morelos entró á dar principio á sus estudios. Sábese que el gran revolucionario, desde que ejerció el rectorado en San Nicolás de Valladolid, comenzó á dar muestras de su carácter enérgico, innovador é independiente; sábese tambien que en sus conversaciones escojia como tema preferente é inagotable las contradicciones de la historia eclesiástica, y que llevó sus tendencias innovadoras hasta el grado de variar los textos que por luengos años se estudiaron en el colegio, sustituyéndolos por las obras de diversos jansenistas. Quien sabe si mas de una vez, allá en el silencio del claustro, despues de las horas de cátedra, el corazon del maestro y el del discípulo palpitaban con entusiasmo al hablar de la patria; quien sabe si aquellas dos grandes almas se unieron desde entónces con un formidable y sagrado juramento, y se dieron cita para el dia de la lucha y del sacrificio!...

V.

Concluidos sus estudios y ordenado de presbítero, Morelos pasó á servir provisionalmente los curatos de Churumuco y de la Huacana, y mas tarde, saliendo á concurso, obtuvo el nombramiento de cura propietario y juez eclesiástico de Nucupétaro y su agregado, Carácuaro; en este último punto edificó la iglesia y trabajó personalmente en la obra, dando pruebas de la grande actividad que siempre fué una de sus dotes características. En 1801, con los ahorros de su

beneficio (*) adquirió una casa en Valladolid, situada frente al callejón de Celio, haciendo en ella reparaciones de importancia por hallarse en estado ruinoso. Mas tarde, cuando á la cabeza de sus huestes combatía Morelos por la independencia de la patria, vióse obligado á vender su casa, empleando su producto en el socorro de sus hambrientos y desnudos soldados.

En 1808, época de la muerte de su madre, Juana Pavon, la pobre habitacion y solar que ésta poseía, á orillas del río Chico, fueron cedidos por Morelos en documento firmado en Nocupétaro, á 20 de Junio del mismo año, á su hermana menor María Antonia Morelos.

Amor filial, desinterés, amor á la familia, virtudes que nacen y se desarrollan espontáneas en las almas elevadas, todas ellas distinguieron al héroe durante su vida. En el ejercicio de sus funciones como cura de almas fué celoso pastor, religioso sin hipocresía, y dejó entre sus feligreses dulces y tiernos recuerdos. Desde 1801 hasta 1810 desempeñó el curato de Carácuaro, sin que nada indicara en él aparentemente al gran defensor de la independencia mexicana.

VI.

Tal era el hombre que se presentó á Hidalgo en el pueblo de Charo, cuando éste llegó allí al frente de su ejército en marcha para la capital del virreinato. En medio del estruendo que formaban aquellos sesenta mil hombres que acaba-

(*) Orozco y Berra.—Diccionario Geográfico é histórico.

ban de triunfar en *Granaditas*, pocos notaron á un individuo, vestido de clérigo, que se acercó al generalísimo Hidalgo pidiéndole servir de capellán en las huestes libertadoras. Díjole que él amaba también á su patria y que estaba pronto á dar su sangre por ella; que desde hacia tiempo se preparaba á la lucha fortificando su curato de Carácuaro; que habia sabido la proclamacion de la independencia en Dolores, saludándola como la aurora de tiempos mejores para la humanidad y para la patria, y que se le permitiera marchar entre las filas de los combatientes.

La voz de aquel hombre se animaba gradualmente: al concluir su corta y ardiente relacion su acento era tempestuoso y terrible... Rodeábanle los principales jefes del ejército y le escuchaban con silencioso respeto. Hidalgo, que habia reconocido en su interlocutor á su antiguo discípulo del colegio de San Nicolás, meditaba. De pronto, pidió recado de escribir, trazó su mano augusta algunas líneas sobre el papel, y entregándolo á Morelos le dijo: "Sereis mejor general que capellán; ahí teneis vuestro nombramiento."

El papel que habia recibido Morelos decia así: "Por el presente, comisiono en toda forma á mi lugar-teniente el "Br. D. José M. Morelos, cura de Carácuaro, para que en "la costa del Sur levante tropas, procediendo con arreglo á "las instrucciones verbales que le he comunicado.—*Miguel "Hidalgo y Costilla.*" Las instrucciones verbales se referian á la organizacion del gobierno en los lugares que se ocupáran en lo sucesivo, á la aprehension de los europeos y secuestro de sus bienes para mantener las tropas, y á la toma de la plaza de Acapulco.

Morelos no pidió armas, hombres ni dinero; se sentia fuerte con la justicia de su causa, y solo admitió la autorizacion que acababa de concederle el generalísimo. Luego, se separaron aquellos dos titanes para no volver á verse más sobre la tierra.